

LA FILOSOFÍA AMERICANISTA DE RODOLFO KUSCH

El hombre americano entre el “ser alguien”
y el “estar no más”

Jaime Montes Miranda
Universidad de La Serena

1.

R Son ya muchos los investigadores que nos están proponiendo en forma cada vez más insistente una “inversión de la mirada”, un “cambio de perspectiva” para entender los fenómenos culturales latinoamericanos, sino la realidad latinoamericana misma. Entre ellos ya no sólo se encuentran antropólogos, sociólogos, psicólogos, sino también biólogos, economistas, teólogos e incluso filósofos.

Me permitiré citar sólo a modo de ejemplo lo que nos dice una importante figura del pensamiento argentino: me refiero a la profesora Dina Picotti quien, en su excelente trabajo *El descubrimiento de América y la otredad de las culturas* (Rundi-Nuskin editor, Bs.As., 1990) comienza su obra señalando lo siguiente: “A nosotros, latinoamericanos, formados en la filosofía y poco, escasamente, en el pensar abrigado por nuestro modo de vida, constituido por el mestizaje de culturas autóctonas y otras advenidas a este pródigo suelo, se nos impone de manera impostergable la tarea de saber pensar y actuar desde nuestra amplia y compleja experiencia histórico-cultural, para poder ser nosotros mismos y al serlo cumplir nuestro rol en la historia universal” (p. I). Sin embargo, esta tarea de “saber pensar y actuar desde nuestra amplia y compleja experiencia histórico-cultural” resulta difícil de realizar. No es fácil abrirse caminos hacia una realidad que apenas conocemos y con la que apenas hemos dialogado. Con todo, el inmenso fondo de tradición que, a pesar de los avatares, subsiste en el pueblo latinoamericano debe ser asumido en libertad. Es preciso desocultar ese fondo, nos dice la profesora Picotti, desocultar América, y ver, al menos, su auténtico papel en la historia universal” (p. II).

2.

Ahora bien, es preciso pues, aproximarse a un estilo de pensar que sea profundamente americano y desde el cual se ilumine el sentido de nuestra presencia en el mundo. Porque está relativamente claro que el estilo de pensar heredado por Occidente no nos sirve, o al menos, es incapaz de revelarnos la totalidad de lo que somos y de lo que América misma es. Porque el pensamiento obviamente es algo que atañe a la cultura y a menos que nos sintamos profundamente europeos, no tenemos ningún derecho a creer que su logos pueda develarnos lo que en nosotros ocurre, sobre todo lo que en nosotros ocurre de la piel para adentro. Porque de la piel para afuera funcionamos un poco según el estilo occidental y para ello nos servimos un poco de su logos, pero de la piel hacia adentro el problema es más grave.

3.

Conozco al menos dos filósofos que han puesto luz sobre este problema. Uno de ellos es la autora antes citada Dina Picotti, y el otro es el antropólogo y filósofo también argentino Rodolfo Kusch. Tres obras de este último me parecen fundamentales: *Geocultura del hombre americano* (1976), *América profunda* (1975) y *El pensamiento indígena y popular en América* (1977) en donde intenta, al menos metodológicamente, seguir la senda iniciada por Miguel León Portilla en México con su importante obra *La filosofía Náhuatl*.

En esta exposición sólo me centraré en el pensamiento de este pensador.

En su *Geocultura del hombre americano*, Rodolfo Kusch intenta mostrarnos con algún detalle precisamente este problema. Nos dice: “hemos perdido a fuerza de técnica la posibilidad de abarcar toda el área que debemos comprender como filósofos” y a reglón seguido subraya: “somos débiles frente a la totalidad de lo que deberíamos pensar”. Por ello no hay filosofía en nuestro continente. “Se podrá hacer filosofía, pero no filosofar”, sostiene nuestro autor. En el fondo, lo que es grave, la filosofía en Latinoamérica no puede decirnos nada sobre nosotros mismos.

El saber que funciona entre nosotros cumple más un papel de estrategia ascensional que de auténtico arraigo en lo real. Nos dice Kusch: “Es un saber para tomar posiciones y además un saber entendido en términos de acción, se sabe para algo: ya sea para lo que piensen de uno o ya sea para arreglar un circuito electrónico. Hay en esto un saber de remiendo o sea un saber para redondear nuestra capacidad de dominio”, pero “este saber parcial, entendido como consulta o como remiendo, no es el saber de uno mismo. Por ejemplo, el profesor de hidráulica es mucho más que su ciencia, y pensamos que la cultura trata de remediar esto, en tanto completa al individuo pero también aquí obramos por parcialidades, siempre queda al margen una

gran parte de nosotros mismos. Realmente ni lo que llamamos cultura nos brinda un saber total”. Evidentemente aquí Kusch lo que hace es subsumir el concepto de cultura dentro del concepto de logos esgrimido por Occidente. Por lo tanto ni siquiera la cultura nos prepara para lo inesperado, esto es, para lo que se encuentra “de la piel para adentro”, y al parecer es en esa interioridad donde se decide lo que en el fondo somos o no somos y lo que América también es o no es. El problema se disfraza mientras funcionamos con el criterio asencial de la vida pública. Creemos que vivir es ir quemando etapas: “el secundario, la universidad, el buen casamiento, la propiedad, las construcciones, la política y al fin una muerte honrosa, que no importa mucho porque al fin de cuentas a todos nos llega. El criterio de *ser alguien* sirve de catalizador”, y más adelante agrega: “Pero he aquí que aunque *seamos alguien*, nadie podrá decir realmente qué somos. ¿Por qué? Porque vivimos un itinerario exterior, el del señuelo. Se es alguien mediante las cosas de afuera, como en el caso del ingeniero, y además se *es alguien* para que los otros me vean. Yo mismo no sé lo que soy”. “Nuestra alquimia consiste, pues en la angustia de *no dejarse estar y ser alguien* a costa de lo que fuera. Y eso está ya a un paso de la magia. Cuántas veces transformamos el plomo en oro con ponernos un traje nuevo, o con pintar el frente de la casa, o con recibimos de ingeniero. Lo hacemos porque hay que hacerlo. Pero ¿sabemos acaso para qué? Y no se trata de un “para qué” que se pueda resolver, sin más, con decir que todo el mundo lo hace, o que es para todo el mundo. Hay un punto donde falla la magia. Se da en eso de estar todos los días, sin más, durmiendo, comiendo, yendo por las calles de siempre a la oficina, escuchando la radio, hasta que aparece la primera arruga, hasta que el hijo se hace grande y lo desconocemos de pronto, hasta que los otros van ocupando nuestro lugar, y al fin en esa etapa final en la que se vive del recuerdo y es imprescindible contar grandezas para que nos crean que realmente *fuimos alguien*”. “Pero falta magia para la vida diaria. A medida que volvemos a ella nos topamos con la desnudez de ser hombre sin más, y vemos cómo ocupan nuestro lugar los otros siempre más activos y más emprendedores. Es como si nos hubieran sacado a dar un paseo, y al final de nuestra vida nos encontramos nuevamente en casa frente al miedo de vivir”. En el fondo, lo que nos está queriendo decir Kusch es que por debajo de ese querer *ser alguien* lo que hay es miedo, el profundo miedo a no ser nada, a la disolución y al despojo. Y lo que es peor, no sabemos qué hacer con nuestro miedo, de ahí el despojo. En eso el indio nos lleva la delantera, él sí sabe qué hacer con su miedo. Toda su cultura va dirigida a su enfrentamiento y solución encarnada en el exorcismo. Pero en nosotros ni el exorcismo funciona. De allí que nos destruimos antes. La frase popular “no somos nada” expresa esa situación de un modo dramático. Brota ante esa experiencia de despojo en la que nos encontramos cuando todas las seguridades en que empeñamos la existencia se desmoronan, cuando ni la policía nos puede salvar, cuando el esfuerzo de años no sirvió de nada. Tras todas las máscaras

de que nos revestimos de la piel hacia afuera hay una experiencia de la nada que nos angustia. “La verdadera dimensión del estar no más debe ser entendida a nivel de miedo. Se da mucho más adentro todavía de la vida cotidiana, cuando con motivo de algún fracaso o de una injuria o peor aún, cuando hemos cometido un aparente mal y la sociedad nos segrega, llegamos a ese punto donde tenemos conciencia de lo “poco” que somos. Ahí ya no tenemos remedio. Ahí, en ese último fondo realmente no sabemos qué hacer. Ese es el ámbito del saber del no saber. Y no hay psicología que valga, ni tampoco enciclopedia”. Por lo mismo, el hombre de la gran ciudad rehúye el “estar no más”, “estar no más” es “dejarse estar”, flojera, dejadez, un lujo que no podemos darnos, pero detrás de la flojera, de la dejadez, del lujo está el miedo: “nos asustamos cuando estamos sentados” dice Kusch, sentimos que perdemos el tiempo a la vez que nos desprestigiamos ante los demás. Hay que estar siempre haciendo algo para ser. La agenda completa es símbolo de status, “nos avergüenza estar sentados en un siglo xx en el cual todo el mundo tiene que correr detrás de la zanahoria”. Por ello, la piedra de toque de este pensamiento recae esencialmente en el misterio que entraña la vida cotidiana. De la vida cotidiana no sabemos nada. No hay explicación para lo que en ella acontece, se trataría aún en nosotros de un “estar no más”. Dice Kusch: “He aquí la fuente de todas las verdades y de todo caos: la vida cotidiana. Nace un hijo, muere un familiar, triunfamos en un examen, tenemos amargura o alegría, todo esto qué es. Pues debe ser “estar no más”, y es curioso que para este estar no hay explicación, fuera de esos míticos “por qué” con que encaramos nuestra vida diaria y que, al fin y al cabo, nada explican. Hemos otra vez en la polaridad de *estar no más* y *ser alguien* y con un estar que no sabemos qué es, pero que es profundamente vivido por nosotros en Sudamérica”.

En su *América profunda*, sintetizando un poco lo anterior a la vez que exponiéndolo en forma más universal, lo plantea en estos términos: “La intuición que bosquejo aquí oscila entre dos polos. Uno es el que llamo el ser, o ser alguien, y que descubro en la actividad burguesa de la Europa del siglo xvi y, el otro, el estar, o estar aquí, que considero como una modalidad profunda de la cultura precolombina... Ambas son dos raíces profundas de nuestra mente mestiza -de la que participamos blancos y pardos- y que se da en la cultura, en la política, en la sociedad y en la psique de nuestro ámbito”. Raúl Fornet en su obra *Problemas actuales de la filosofía en Hispanoamérica* (Ediciones Fepai, Bs. As., 1985) explica así el plantamiento de fondo de Kusch: “La experiencia del hombre europeo, [es la experiencia] del hombre que ha hecho del mundo su campo de acción. Para él, el mundo es lo que él constituye, afecta y modifica según las necesidades de su subjetividad en despliegue dominador. Es, según la terminología de Kusch, el hombre del *ser*, es decir, del dinamismo, del activismo, de la ejecución. Frente a esta experiencia se halla la del hombre americano originario, que es la experiencia estática del mundo; o sea, la experiencia del hombre que está en

el mundo, en el sentido de encontrarse vertido en él, de ser afectado por él. Este hombre no quiere dominar el mundo, no quiere someterlo a su poder, no quiere, como el europeo, *ser alguien*. Lo que persigue, por el contrario, es someterse al ambiente, identificarse con el mundo. Su forma de buscar refugio y amparo es justo la de estar en el mundo sin luchar contra él. No por el dominio o la diferenciación, sino por la contemplación y la identificación quiere él estar bien en el mundo. No quiere *ser* contra o a costa del mundo. Tales son las experiencias humanas que se encuentran en América” (ps.74-75). De allí la conclusión: “la afloración del verdadero sentido de América y de su misión en el mundo depende de que el fondo originario de América se imponga, reoriente y transforme radicalmente con su cultura del estar la tendencia dominante y soberbia del ser. La redención de América debe provenir, por tanto, de ese fondo originario tantas veces despreciado” (p.75). Por otra parte entre el *ser* y el *estar* lo primigenio es el estar, el estar habitando el mundo se entiende: “el ser no es lo primigenio, ni lo originario, ni lo esencial”.

El mundo cultural del *ser*, el hombre que vive su existencia en la forma de ser bajo la esclavizante tensión del tener que *ser alguien*, ese mundo y ese hombre no son lo originario, lo que consiste por sí y desde sí. Son algo producido. Un hombre y un mundo que se producen, sin embargo, al reproducirse a sí mismos como objetos y utensilios. El mundo del ser es, pues, el mundo de lo hecho, del hacer, de la acción dominante; un mundo construido que busca su consistencia justo con la construcción de sí como objetividad. Por esto el *ser* es agresivo e invasor. Agrede e invade la vida para dominarla y someterla a los fines de su febril tensión por *ser alguien*. El mundo del *estar*, por el contrario, representa una relación espontánea, originaria y directa de la vida. Es expresión de la vida, está marcado por ella y su ritmo del plácido darse y acontecer sin más. Por esto el hombre del *estar* es un hombre que contempla, que se abstiene, que ayuna; un hombre para el que el mundo no es algo a consumir, sino el ámbito de su *estar* (p.75).

4.

Por lo tanto, el problema que no deja en paz al hombre americano tiene que ver con la falta de perspectivas con que asume tanto su propia realidad como la realidad de Latinoamérica. Ese miedo a pensarse tiene que ver con el mismo miedo de pensar integralmente su realidad, pues la vida cotidiana por un lado, y la cultura sentada de la que proviene le enrostran el mismo miedo: el miedo de no ser, el miedo de estar no más. Por lo tanto, el diagnóstico es claro: “En América se plantea ante todo un problema de integridad mental y la solución consiste en retomar el antiguo mundo para ganar la salud. Si no se hace así, el antiguo mundo continuará siendo autónomo y, por lo tanto, será una fuente de traumas para nuestra vida psíquica y social”, “la

cultura del mero estar en América primitiva lleva en sí una profunda sabiduría que en cuanto saber vital, nos puede facilitar el sentido íntimo de América justo como un camino de redención y salvación. En efecto, pues la sabiduría implicada en la estática de la cultura del mero *estar* representa, en el fondo, un camino para liberarse del peso de la oprimente tensión de ese mundo de objetos creado por la cultura del *ser*. Más aún, el mero *estar* nos descubre la “objetividad” del *ser* como una pantalla que hemos echado sobre la vida para ocultarnos su verdadera inferioridad. De esta suerte la sabiduría del *estar* nos invita al ayuno, a la abstención frente a los objetos y nos pone así en condiciones de liberarnos del culto a lo objetivo, a lo exterior, a las cosas. Es, pues, una sabiduría que rompe el culto de la objetividad producida por el *ser* como ejecución, para señalar el camino liberador del humilde recogimiento interior”, “una sabiduría ésta que es, además, anuncio del sentido y del destino de América: resolver el problema del hombre en el mundo por el camino de un saber de corte religioso en torno al hombre y al mundo”.